



Nota editorial

Editorial Note

Publicado: 25/11/2025

ARK CAICYT: <https://id.caicyt.gov.ar/ark:/s23139676/a5pr4bk0>

I

Esta será una despedida breve. Por eso, la reserva académica que suele guiar mi trabajo quedará en suspenso esta vez.

La primera vez que escuché a una profesora de la carrera de Letras hablar sobre marxismo fue con una voz pausada y segura. No había gestos grandilocuentes ni consignas fáciles; tampoco invitaciones altisonantes a hacer la revolución. Había, simplemente, una palabra precisa que, con una paciencia infinita, intentaba explicar el materialismo histórico a un grupo de estudiantes con escasa formación filosófica. No era sencillo: hasta el momento habíamos visto muchos movimientos históricos, mucho análisis discursivo y mucha interpretación psicológica de la psiquis de los personajes o del carnaval, pero era –al menos para mí– la primera ocasión en que alguien trazaba un puente nítido entre conceptos filosóficos, políticos y artísticos para ofrecerme una lectura que resonó íntimamente en mi manera de pensar la literatura.

Sé que quienes compartíamos ese aula –como creo que ocurre con quienes eligen esta carrera– sentíamos un amor común por el arte literario, por la palabra y por el relato como núcleo de sentido. Pero no sé si todas y todos experimentaron el mismo impacto frente a ese paradigma interpretativo. En la explicación de esa profesora había una preocupación genuina por la función del arte y por las formas de elaborar e interpretar fenómenos literarios, pero también una convicción profunda: que ninguna reflexión sobre la literatura podía desligarse de las condiciones sociales, económicas y materiales que la hacen posible. Ese modo de leer –atento a los vínculos entre cultura, política y vida cotidiana– nos obligaba a levantar los ojos del texto y mirar más allá, hacia lo político y –por supuesto– hacia lo económico. Allí entendí, por primera vez, que el análisis literario podía ser también una forma de intervención en el mundo.

Con el tiempo llegaron los autores que continuaban esa estela teórica, con sus matices, tensiones y reformulaciones: la teoría crítica; los debates entre realismo socialista y vanguardia –Adorno, Benjamin, Lukács y Brecht–; los estudios culturales de Raymond Williams; incluso hubo tiempo para asomarnos al existencialismo sartreano y a otros desvíos que enriquecían aquella perspectiva inicial. Todas estas lecturas, atravesadas por la pregunta por el papel del arte en la historia, reforzaban algo que ella misma encarnaba: la indisoluble relación entre pensamiento crítico, sensibilidad estética y compromiso con lo común.



Por eso esas clases me resultaron iluminadoras no solo por los interrogantes que abrían, sino por la figura que las guiaba: una docente excéntrica que narraba el “cuento del marxismo” con la misma solvencia con que reconstruía argumentos de novelas francesas del XIX o de grandes películas del siglo XX; que se reía con carcajadas francas y sonoras; y que parecía interesada únicamente en la conversación que compartíamos en ese instante. En retrospectiva, comprendo que esa manera de enseñar –teórica, rigurosa, pero también vital y profundamente humana– modelaba, casi sin que lo advirtiéramos, una ética de la lectura y del vínculo con el mundo.

Esa cursada me reconectó con la carrera de Letras –que por entonces estaba pensando abandonar por incertidumbres económicas– y me vinculó con un grupo de personas inquisitivas y apasionadas que orbitaban alrededor de ese ser casi mitológico que era María Coira. María, además de ser esa docente comprometida, supo desdramatizar las mayores tragedias personales y humanas; fue una narradora incansable, capaz de vivir sin desproporciones sentimentales, sin resentimientos mezquinos y dando mucho sin pedir nada a cambio. “Los favores no se hacen para pedir algo –decía–, se hacen porque uno puede hacerlos”. De esa enseñanza, y de quienes la quisieron y respetaron profundamente, nacieron proyectos personales, grupales e institucionales que dejaron una huella indeleble en la Universidad Nacional de Mar del Plata. No me extenderé aquí sobre la magnitud de su legado: nuestro equipo editorial prepara un homenaje justo para el próximo número de *Estudios de Teoría Literaria*.

A quienes no tuvieron el privilegio de conocerla –de escuchar su inteligencia imperturbable, su sabiduría lúcida, su equilibrio sereno– sepan que el 5 de septiembre hemos perdido uno de los pilares de nuestra carrera y de nuestra institución. Y quienes sí la conocimos –los que la escuchamos desbrozar un acontecimiento durante horas hasta que nos echaron de cafés y bares; quienes recibimos por igual sus consejos profesionales y afectivos; quienes la vimos detener tomas y discusiones solo con su palabra sosegada– perdimos, además, una amiga entrañable.

Gracias, María, por tu tiempo, tu conversación incansable y la calidez con la que acompañaste nuestras búsquedas. Y cada vez que conversemos sobre la universidad, el país, una novela o una película, volverá tu ironía inconfundible: esa frase que iluminaba el momento y nos hacía reír aunque no quisiéramos. Cuando lo hagamos con preocupación o desánimo, imaginaremos tu comentario justo y desarmante, capaz de relativizarlo todo y poner cada problema en su justa medida. Así, con esa risa que nos dejaste de herencia, seguiremos conversando con vos y avanzando un poco más livianas.

II

Reconocemos a las y los colegas que han colaborado generosamente para que este número sea posible, tanto con sus artículos –Agustín Bergonce, Roberto Bartual Moreno, Joaquín Correa, Ornella Soledad Barisone, Jorge Cid Alarcón, Carina González, Andrés Camilo Torres Estrada– y reseñas –Rosalía Baltar, Agustina Catalano, María Victoria Chighini Arregui, Mariano Di Pasquale, Bruno Lautaro Ortiz–, como con sus intervenciones y evaluaciones académicas. Agradecemos especialmente a Maria Elisa Rodrigues Moreira, Juan Ferreira Fiorini y Bruna Fontes Ferraz, por el dossier “Literatura en campo expandido: caminos teórico-críticos”.

Con este número, cerramos la serie de tapas de Marcelo Núñez, periodista gráfico marplatense, quien nos ha aportado imágenes de diferentes ocasiones en las que el pueblo de Mar del Plata salió a la calle para marcar límites al poder de turno. En este caso, la imagen registra la Marcha del Orgullo Antifascista y Antirracista realizada el 1 de febrero de 2025 contra el retroceso de las políticas de género e inclusión. En el mes de la Marcha del Orgullo

LGBTIQ+, y en el marco de los anuncios oficiales que buscan destruir nuestro sistema educativo laico e inclusivo, la fotografía de Marcelo –editada por la mirada de Valeria González (con logotipos de Carlos Daniel Leonardo)– nos pareció especialmente pertinente.

III

A veces las despedidas son dobles. Después de catorce años en *Estudios de Teoría Literaria*, y de haberla coordinado durante los últimos cuatro, siento que es momento de seguir adelante. Vi nacer este proyecto en las conversaciones entre Rosalía Baltar y María Coira, quienes me ofrecieron este espacio de formación y me enseñaron el oficio editorial. Vinieron luego las capacitaciones, los intercambios con editores y gestores de otras revistas, y el trabajo paciente que se refleja en las múltiples indexaciones y en la presencia de nuestra publicación en bases de datos e índices internacionales. Todo ello fue resultado del compromiso colectivo por sostener un espacio de excelencia académica y crecimiento profesional.

También fue, para mí, un territorio de intervención pública: un lugar donde pensar lecturas, pensar contextos y hacer visibles preocupaciones que me atravesaron en estos últimos años. Las editoriales, los artículos, las clases y las conferencias son, en sí mismas, formas políticas del discurso. No porque impongan una verdad, sino porque disputan sentidos y habilitan modos de pensar que el clima reaccionario intenta clausurar. Hoy siento que las personas que amo y el país que deseo están en riesgo, y que no es tiempo de callar ni de ser indiferente ante los intentos de deslegitimar el pensamiento crítico, recortar derechos conquistados y neutralizar el conflicto bajo la figura del “orden”. No se trata de afiliaciones políticas: se trata de ejercer éticamente la palabra en los espacios públicos.

Sé que esta publicación es un orgullo compartido –pienso en nuestra Directora, Rosalía Baltar, en Lourdes Gasillón, en Ailín Mangas, en los correctores que nos acompañaron a lo largo de los años y cuyo trabajo figura en nuestro historial editorial–. Agradezco especialmente al equipo de esta última etapa: nuestras coordinadoras, Clara Avilés y María Estrella, y nuestra queridísima Secretaria de Redacción, Estefanía Di Meglio, sin cuyo trabajo nada de esto hubiera sido posible. A ellas, y a quienes continuarán sosteniendo este proyecto colectivo, agradezco profundamente el camino compartido.

Me voy agradecida, y me voy confiando en que la revista seguirá creciendo y defendiendo lo que siempre defendió: el pensamiento, la palabra crítica, la conversación abierta y el compromiso con la comunidad académica y con el mundo que habitamos.

Virginia P. Forace
Mar del Plata, 18 de noviembre de 2025